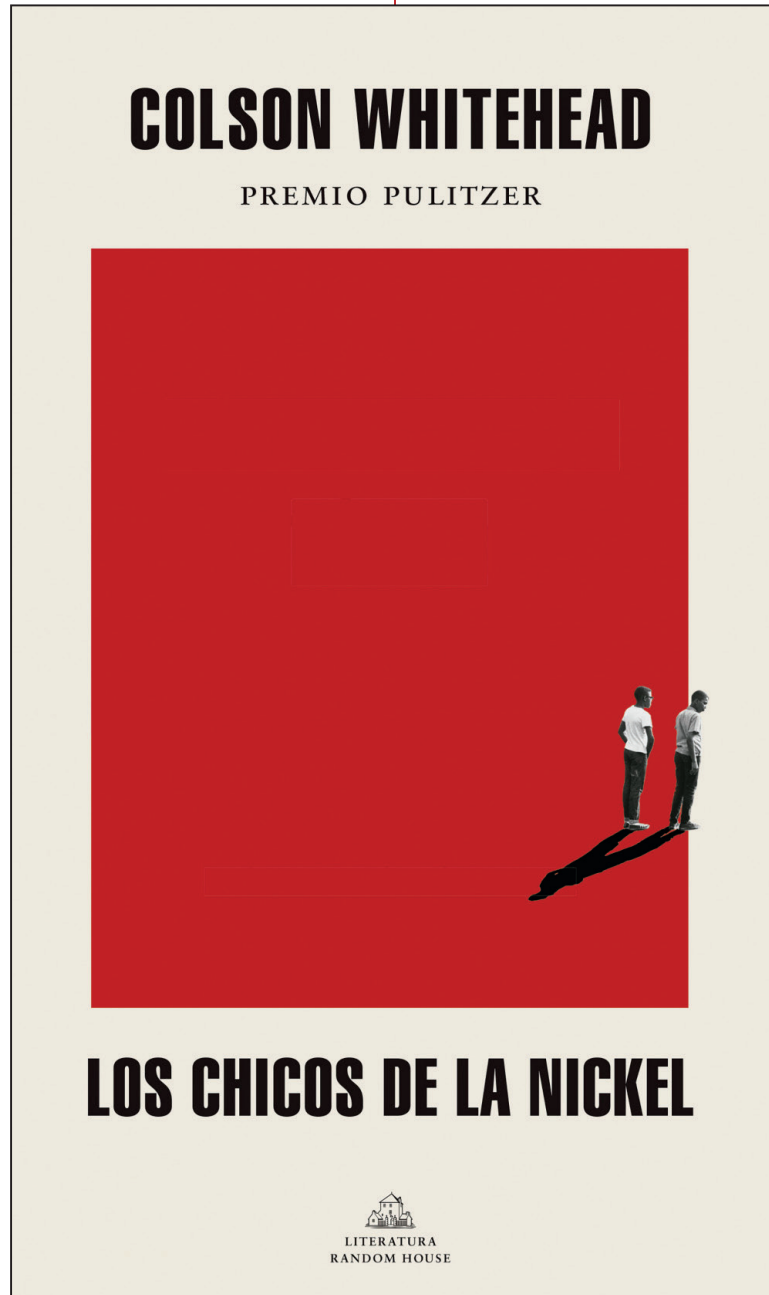




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Elwood Curtis es un adolescente pobre, huérfano y negro que siente auténtica devoción por los discursos de Martin Luther King, que escucha en el viejo tocadiscos de su abuela, y por los libros de James Baldwin. Las ideas del activista por los derechos civiles le incitan a convertirse en un estudiante prometedor y, más importante, a soñar con un futuro digno para sí mismo. Pero todas sus esperanzas se desmoronan cuando, por culpa de un malentendido, le encierran en la Academia Nickel, un reformatorio que se vanagloria de convertir a sus internos en «hombres hechos y derechos» gracias a la instrucción «física, intelectual y moral» necesaria, pero este lugar oculta un brutal secreto y una realidad corrupta, respaldada por muchos y obviada por todos. El adolescente Elwood intentará sobrellevarlo con la ayuda de su buen amigo Turner, que piensa que la única forma de sobrevivir en la Nickel es emular la crueldad y el cinismo de sus opresores. Elwood, en cambio, prefiere seguir

las enseñanzas del doctor King: «Enviadnos a la cárcel, y os querremos igual». El escepticismo de uno y el idealismo de otro los llevarán a tomar una decisión que tendrá inevitables repercusiones en su futuro.

Después de *El ferrocarril subterráneo*, Colson Whitehead nos brinda una historia basada en el estremecedor caso real de un reformatorio de Florida que estuvo en funcionamiento durante más de un siglo y destrozó la vida de miles de niños. Esta novela, que arranca durante el final de la segregación racial —década de los sesenta— pero cuyos ecos llegan hasta el presente, interpela directamente al lector y muestra la genialidad de un escritor que, en la cima de su carrera, continúa revisando la historia afroamericana en cada una de sus novelas. No en vano *Los chicos de la Nickel* hizo que Colson Whitehead mereciera un segundo premio Pulitzer, un honor solo compartido por autores de la talla de William Faulkner, John Updike y Booth Tarkington.

FRAGMENTOS

«Elwood fue haciendo el recorrido por la finca mientras avanzaban cuesta arriba dejando atrás las otras dos residencias para chicos de color, las canchas de arcilla roja de baloncesto y el gran edificio de la lavandería. Desde allá arriba se podía ver casi todo el campus de los blancos por entre los árboles: las tres residencias, el hospital, las oficinas. El director del reformatorio, el señor Hardee, trabajaba en el gran edificio de color rojo con la bandera de Estados Unidos. Estaban las grandes instalaciones que blancos y negros utilizaban en horas diferentes, como el gimnasio, la capilla y el taller de carpintería. Desde aquella perspectiva, no se apreciaba diferencia entre la escuela de los blancos y la de los negros. Elwood se preguntó si la primera estaría en mejor estado, como ocurría en Tallahassee, o si

la educación que daban en la Nickel era igual de raquítica para todos los chicos, independientemente del color de su piel.

Al llegar a lo alto de la loma, la cuadrilla cambió de dirección. En el otro lado de la cuesta estaba el cementerio, Boot Hill. Un murete de piedra sin labrar circundaba las cruces blancas, la maleza grisácea, los torcidos y oscilantes árboles. Dieron un amplio rodeo para evitarlo.

Jaimie le explicó que siguiendo la carretera que pasaba por el otro lado de la cuesta se llegaba a la imprenta, a las primeras granjas y finalmente a la ciénaga que limitaba la finca por su lado norte.

—No te preocupes, tarde o temprano te tocará recoger patatas —le dijo a Elwood.

Algunos grupos de alumnos iban por senderos y caminos pavimentados hacia

sus respectivas labores, mientras los supervisores vigilaban aquí y allá desde sus coches oficiales. Elwood se quedó mirando, asombrado, a un chico negro de trece o catorce años que conducía un viejo tractor con un remolque de madera repleto de alumnos. El conductor tenía cara de sueño, pero se le veía sereno en su enorme asiento mientras llevaba a los chicos a la granja.

Cuando los demás chavales se ponían rígidos y paraban de hablar, era que Spencer andaba cerca.

A mitad de camino entre los dos campus había un edificio rectangular de una sola planta, bajo y escuchimizado, que Elwood supuso que sería una especie de almacén. Manchas de herrumbre como enredaderas salpicaban la pintura blanca que revestía las paredes de bloques de hormigón, pero el ribete verde de las ventanas y la puerta delantera se veía muy reciente. La pared larga tenía una ventana grande y al lado tres más pequeñas en sucesión, como mamá pato y sus patitos.

Un trecho de hierba sin segar, de un palmo de ancho, rodeaba el cobertizo. Crecía intacta y desbocada.

—¿Esa de ahí también hay que cortarla? —preguntó Elwood.

Los dos chicos que estaban junto a él sorbieron entre dientes.

—Mira, negro, uno no va ahí a menos que lo lleven —dijo uno de ellos.

«Hojear revistas en los momentos de poca actividad en el estanco le sirvió para concretar el modelo de hombre en que deseaba convertirse, separándolo de la clase de chico de Frenchtown que él no

quería ser. Desde siempre, su abuela había procurado que no se mezclara con los chicos del vecindario, a los que consideraba unos holgazanes y unos bravucones. Como la cocina del hotel Richmond, el estanco de Marconi era terreno seguro. Todo el mundo sabía que Harriet era estricta con su nieto, y los otros padres del trecho de Brevard Street donde vivían contribuyeron a hacer de Elwood un caso aparte al ponerlo como ejemplo a seguir. Cuando los chicos con quienes solía jugar a indios y vaqueros lo perseguían de vez en cuando por la calle o le lanzaban piedras, lo hacían menos por malicia que por rencor.»

«Turner se ponía celoso cuando la abuela de Elwood se presentaba en la Nickel y le traía algún tentempié, y ese sentimiento se le escapaba a veces. Como ahora. Elwood iba por el mundo como si llevara anteojeras. Una cosa era la ley: podías ir a una manifestación y blandir tu pancarta e incluso cambiar una ley si lograbas convencer a suficientes blancos. En Tampa, Turner vio a los jóvenes universitarios con sus bonitas camisas y sus corbatas haciendo una sentada en el Woolworths. Él tenía que trabajar, pero ellos allí de protesta. Y ocurrió, sí: abrieron el restaurante también a los negros. De todas formas, Turner no tenía dinero suficiente para comer allí. Puedes cambiar una ley, pero no puedes cambiar a la gente ni la manera en que se tratan unos a otros. La Nickel era el colmo del racismo —la mitad de los que trabajaban allí seguramente se ponían el disfraz del Klan los fines de semana—, pero, tal como lo veía Turner, la maldad era algo más profundo

que el color de la piel. Era Spencer. Era Spencer y era Griff, y eran todos los padres que dejaban que sus hijos acabaran allí. La maldad eran las personas.

Por eso Turner había llevado a su amigo hasta aquellos dos árboles. Para enseñarle algo que no salía en los libros.»

«Aquella noche en el ring Griff había sido todos ellos en un solo cuerpo negro, y también fue todos ellos cuando los hombres blancos lo llevaron allí detrás, donde estaban las dos argollas. Fueron a por él aquella noche y ya nunca más volvió. La versión aceptada fue que Griff era demasiado orgulloso para aceptar un tongo. Que se negó a doblar la rodilla. Y si creer que Griff había escapado, que había conseguido soltarse y huir al mundo libre, hacía sentirse mejor a los chicos, nadie les dijo lo contrario, aunque algunos hicieron notar que era raro que no hubiera sonado la alarma de la escuela o que no hubieran soltado a los perros. Cuando el estado de Florida lo desenterró cincuenta años después, el forense observó las fracturas que tenía en ambas muñecas y dictaminó que probablemente lo habían tenido esposado antes de morir, aparte de las otras señales de violencia de las que daban fe sus huesos rotos.

La mayoría de los que conocen la historia de las argollas en los árboles han muerto ya. Los hierros siguen allí. Oxidados. Hincados en el duramen. Dando testimonio de lo ocurrido a quien quiera escuchar.»

«Nunca se perdía la maratón. Le importaban poco los ganadores, aquella especie de superhéroes a la caza del récord mun-

dial, machacando el asfalto neoyorquino sobre los puentes y por las anchísimas avenidas. Los seguían coches con cámaras que filmaban hasta la última gota de sudor o las venas a punto de reventar en el cuello, y también polis blancos en moto para evitar que algún idiota saltara a la calzada y los hiciera caer. Aquellos tipos ya recibían aplausos suficientes, ¿para qué lo necesitaban a él? La carrera del año anterior la había ganado un hermano africano, un tipo de Kenia. Este año el vencedor había sido un blanco, un británico. Misma complexión pero distinto color de piel; bastaba con mirarles las piernas para saber que iban a salir en la prensa. Profesionales que entrenaban todo el año, que iban de acá para allá en avión para competir en distintas partes del mundo. Era fácil apoyar a los vencedores.

No, a él le gustaban los que corrían como boxeadores sonados, medio andando hacia el final, la lengua fuera como un perro labrador. Cruzando la línea de meta por las buenas o por las malas, sus pies convertidos en una pulpa sanguinolenta dentro de las Nike. Los rezagados y los renqueantes que no estaban haciendo una carrera sino adentrándose en sí mismos, metiéndose en la cueva para volver a salir a la luz con lo que descubrían dentro. Para cuando llegaban a Columbus Circle, los equipos de televisión ya se habían largado, los vasos de agua y de Gatorade salpicando el recorrido como margaritas en un prado, las mantas plateadas de aspecto espacial ondeando al viento. Tal vez había alguien esperándolos, tal vez no.

¿Quién no celebraría algo así?»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Cuáles son las estrategias más destacadas del autor para crear una narrativa atractiva y fluida sin dejar de ser fiel a la crudeza de los hechos históricos de base?
2. ¿Cómo trabaja Whitehead los diferentes tonos de la novela (lúgubre-esperanzador/optimista-devastador...)?
3. ¿Qué creéis que llevó al autor a escoger un narrador omnisciente? ¿Cómo lo habría condicionado todo el haberse decantado por un relato en primera persona?
4. ¿Cómo consigue el escritor pulsar la cuerda emocional del lector?
5. ¿Cómo evita Whitehead que lo conmovedor no degenera en sentimentalismo?
6. ¿Qué recursos despliega la novela para reforzar la empatía del lector por Elwood y Turner, más allá de su condición de víctimas?
7. Elwood y Turner mantienen visiones opuestas sobre la vida. ¿Cómo refleja su destino —bien confirmando o negando— sus respectivos puntos de vista?
8. ¿Cómo definiríais el tratamiento de la violencia que lleva a cabo el autor?
9. El libro arranca con la frase «Hasta muertos creaban problemas, los chicos». ¿Qué nos avanza sobre el punto de vista que va a mantener el narrador de los hechos?

10. ¿Cuáles pensáis que fueron las mayores dificultades técnicas a las que se enfrentó el escritor al dividir la acción en dos planos temporales tan alejados?
11. La novela tiene un giro argumental muy chocante, relacionado con los personajes. ¿Qué valoración os merece? ¿Consideráis que había pistas que lo anticiparan?
12. ¿A qué funestos precedentes históricos podríamos vincular las labores de limpieza y acondicionamiento de la Nickel para la revisión estatal, descritas en el capítulo 14?
13. La última escena del libro, que tiene lugar en el hotel, combina astucia y emotividad. ¿Cabría interpretarla como un toque de justicia poética o una nota de optimismo tras todo el sufrimiento mostrado?
14. ¿De qué maneras diríais que Colson Whitehead evita el riesgo de politizar el relato sin dejar de condenar los hechos que se narran?
15. ¿Sabríais vincular la novela con otras historias que se desarrollen en reformatorios o que simplemente narren infancias traumáticas?
16. ¿Qué aspectos de la novela pudo valorar especialmente el jurado del Premio Pulitzer?
17. Barack Obama calificó la novela de «necesaria». ¿Creéis que libros de esta naturaleza deberían ser de lectura obligatoria en las escuelas e institutos?

EL AUTOR



© Madeleine Whitehead

COLSON WHITEHEAD nació el 1969 en Nueva York. Finalista del PEN/Hemingway con su primera novela, *La intuicionista* (2000), ha publicado media docena de novelas y el libro *El coloso de Nueva York* (2005). Fue finalista del Premio Pulitzer con *John Henry Days* (2011), finalista del PEN/Oakland Award con *Apex Hides the Hurt* (2006) y del PEN/Faulkner con *Sag Harbor* (2009). *Zona Uno* (2012) fue un *bestseller* para el *New York Times* y su novela *El ferrocarril subterráneo* (2017) fue merecedora del Premio

Pulitzer 2017, del National Book Award 2016, de la Andrew Carnegie Medal for Excellence y del Indies Choice Book Award de 2017, además de convertirse en un *bestseller* internacional. Su última novela, *Los chicos de la Nickel*, ha sido considerada como una de las mejores diez novelas de la década pasada según la revista *Time* y le ha hecho merecedor de un segundo Pulitzer. Colson Whitehead es profesor en las universidades de Columbia y Princeton, y ha recibido las becas Guggenheim y MacArthur.

«*Zona uno* es sobre un apocalipsis zombi, y los supervivientes necesitan creer que hay un refugio a salvo de ese horror, donde pueden ser libres y vivir sin ser atacados. Cora, protagonista de *El ferrocarril subterráneo*, tiene que creer que hay un sitio de libertad. Y parte de lo que mantiene vivo a Elwood, en *Los chicos de la Nickel*, es la idea de que la justicia prevalecerá. He estado luchando con eso en los últimos diez años, no estoy seguro de por qué. Supongo que para un padre, si no crees que hay un sitio de seguridad para tus hijos, no tiene sentido seguir adelante. Mis últimos tres libros están animados por la esperanza de que, a pesar de toda la evidencia en sentido contrario, siempre hay un lugar bueno al que llegar.»

LA CRÍTICA HA DICHO

«Una lectura necesaria.»
Barack Obama

«Una de las principales voces de la literatura norteamericana.»
Time

«La nueva novela de Whitehead [...] es, en muchos sentidos, la continuación de su revisión de la historia afroamericana.»
The Washington Post

«Una obra maestra enraizada en la historia y la mitología norteamericanas, y aun así dolorosamente actual en sus visiones de la justicia y la piedad erráticamente denegadas. Una gran novela norteamericana.»
Maureen Corrigan, NPR

«Whitehead continúa haciéndose suyo el género clásico americano [...]. Su escritura es tan ética como estética.»
The New York Times

«Whitehead es un escritor espléndidamente talentoso, con más alcance que cualquier otro novelista norteamericano en activo: puede ser divertido, lírico, satírico, honesto, lo que necesite la obra.»
George Saunders, autor de *Lincoln en el Bardo*

«Colson Whitehead forma parte de una formidable constelación de escritores afroamericanos [...], hombres y mujeres que están cambiando el rostro de la literatura que se escribe hoy en aquel país.»
Eduardo Lago, *Babelia*

«El brillante análisis que Whitehead hace de la historia de violencia de los Estados Unidos es una impresionante novela de lenguaje impecable y deslumbrante perspicacia.»
Publishers Weekly

«Los magnéticos personajes de Whitehead ejemplifican estoicismo y coraje, y cada escena, soberbiamente creada, arde y estalla con la injusticia y la resistencia, dando lugar a una impactante revelación. [...] Una obra abrasadora.»
Booklist

«Un libro con mucha fuerza escrito por uno de los grandes autores norteamericanos [...] En uno de los libros más intensos y cuidadosamente elaborados que jamás hayas leído, Whitehead cuenta sin sentimentalismos un relato [...] que cambiará tu percepción de los Estados Unidos.»
Toronto Star

